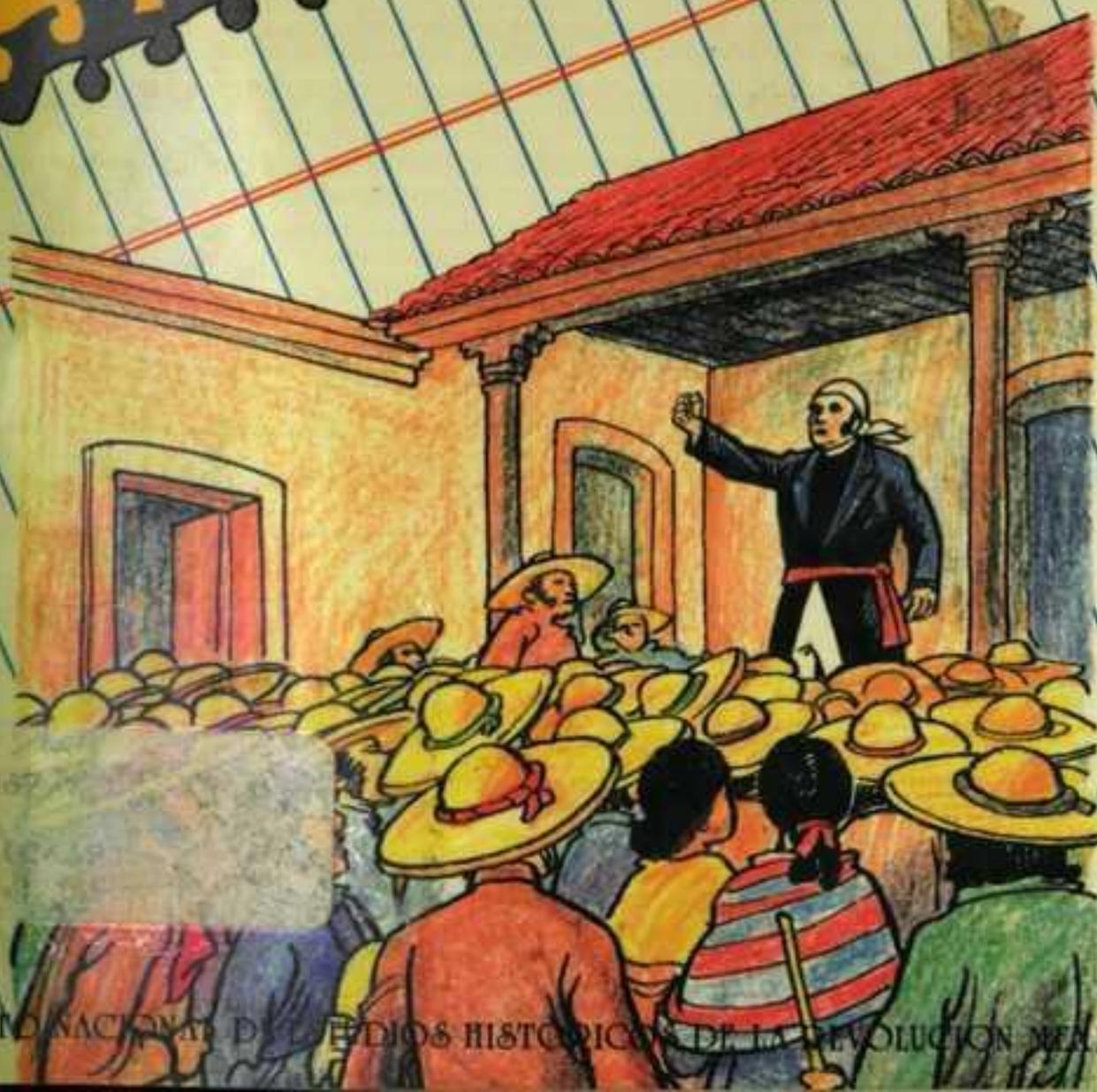


BIOGRAFIAS PARA NIÑOS

José Ma.

Morelos



49700
300
2/12

José Ma.

Morelos

José María Morelos y Pavón

—VALLADOLID, HOY MORELIA—

Valladolid fue fundada sobre una colina formada por bancos de cantera, a 194 metros sobre el nivel del mar. Las montañas que la rodean forman un valle de fértiles tierras.

A fines del siglo XVIII la ciudad lucía a lo largo de sus calles y alrededor de sus plazas bellos edificios construidos con cantera rosada. Ahí vivían de cuatro a cinco mil familias de españoles, mestizos y mulatos, además de los indios que habitaban los alrededores.

I
F1232.MG7
JG
EJF

8669



Secretario de Gobernación
Lic. Manuel Bartlett Díaz

Subsecretario de Gobernación
Dr. Fernando Pérez Correa

Patronato del INEHRM
Dr. Juan Rebolledo Gout (vocal ejecutivo)
Lic. Florencio Barrera Fuentes
Sr. Mauricio Magdaleno
Profr. Jesús Romero Flores

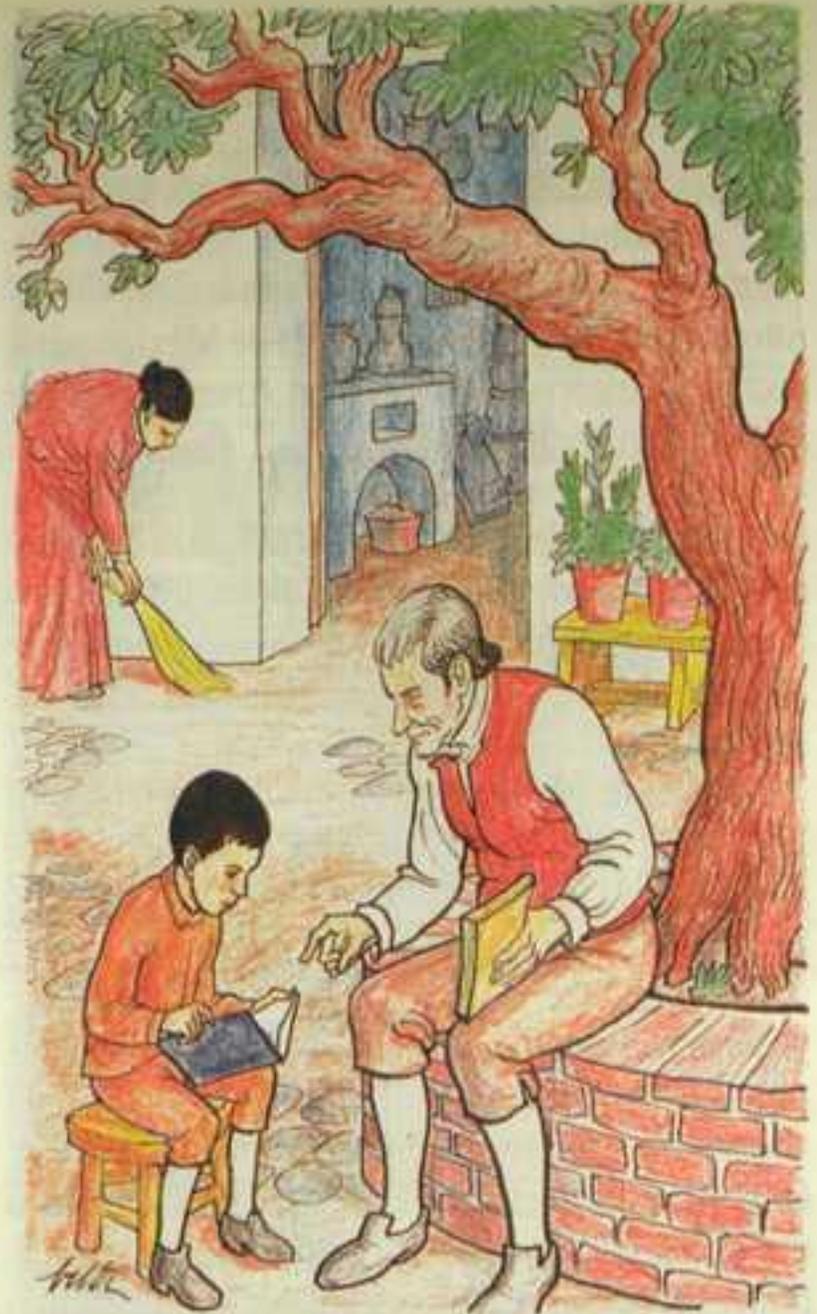
A principios del siglo XIX, la ciudad de Valladolid ocupaba el quinto lugar entre las más pobladas de la Nueva España. En ese lugar nació José María Morelos y Pavón un 30 de septiembre de 1762. (Más tarde Valladolid cambiaría su nombre por el de Morelia en honor de este héroe de la Independencia).

La familia de Morelos era de origen muy humilde. Su padre se llamaba Manuel Morelos y su madre Juana Pavón. Su abuelo José Antonio Pavón, que era maestro, le enseñó a José María las primeras letras, como lo había hecho con su hija Juana y con muchos niños del pueblo.

Al morir el abuelo de José María, su madre se quedó sola, con dos hijos que mantener: José María y Antonia. Primero trabajó lavando ropa y después como ama de llaves de una familia muy rica de Valladolid.

Cuando Morelos era adolescente, su mamá le consiguió trabajo en una de las haciendas de la familia con la que ella trabajaba como ama de llaves. Dicha hacienda se encontraba en Apatzingán, en la tierra caliente de Michoacán.

Ahí pasó José María once largos años ahorrando para poder pagar sus estudios de sacerdote. Volvió a Valladolid en 1790, cuando



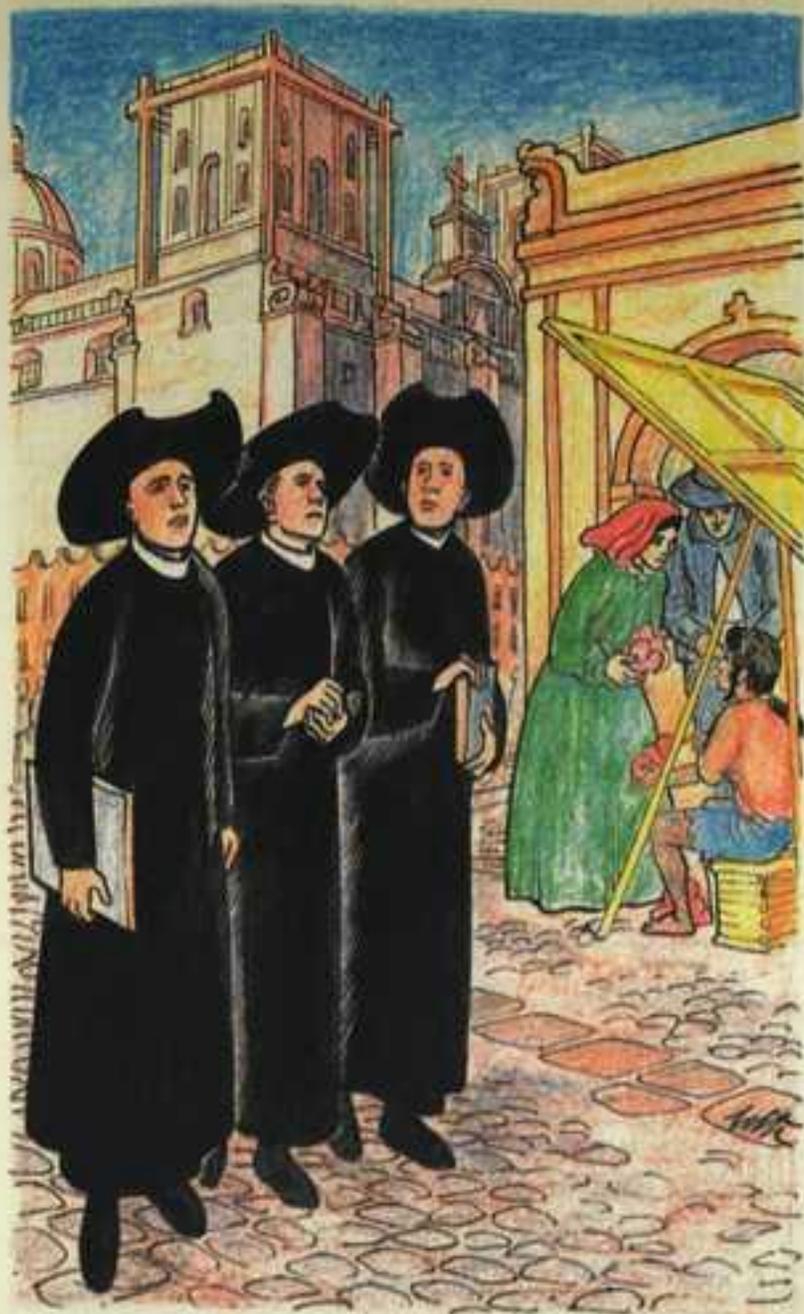
tenía veinticinco años. A esa edad inició su carrera eclesiástica en el Colegio de San Nicolás, del cual era rector don Miguel Hidalgo; dos años después pasó al Seminario Tridentino, también en Valladolid, para tomar varios cursos que no se impartían en San Nicolás en esa época. Cinco años más tarde viajó a la ciudad de México para recibir el grado de Bachiller en Artes. Terminó sus estudios religiosos en 1797.

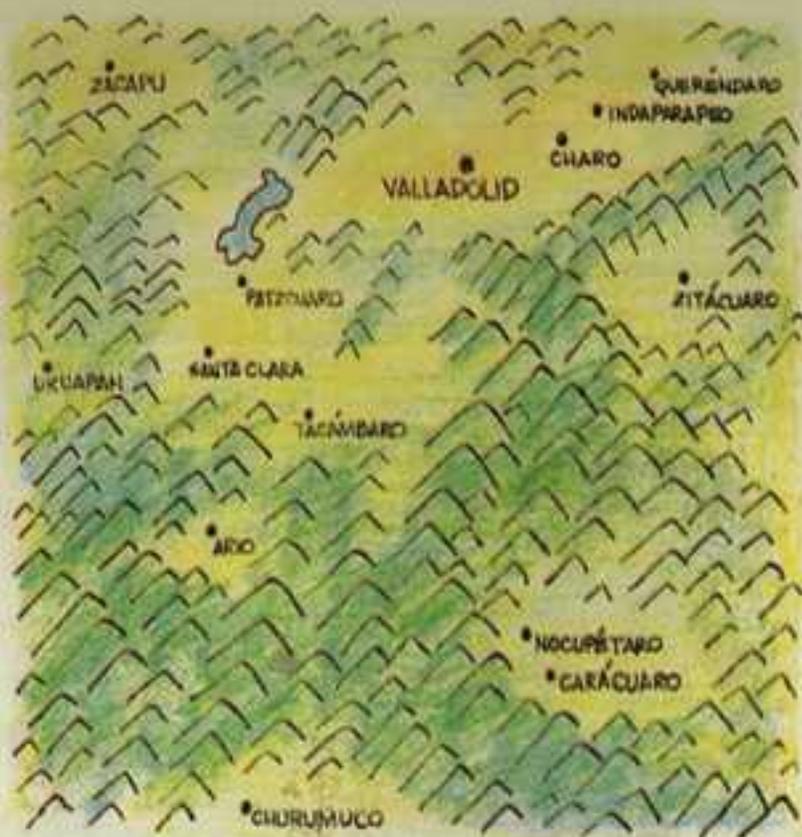
Después de tantos esfuerzos y sacrificios, Morelos recibió el nombramiento de cura interino en Churumuco, un lugar de clima malsano y pobre. Se sintió decepcionado porque hubiera deseado darle a su madre una vida mejor. Y así se lo comunicó:

—¡Miren que darme el curato de Churumuco! Después de tantos años de estudio, de esfuerzos por terminar lo más pronto posible. ¡Es injusto! Su madre al oírlo hablar así le dijo:

—Hijo, deberías estar contento; por lo menos ya tienes un curato. ¿Qué no es bueno? Ni modo; por algo se empieza.

—Pero madre —le contestó Morelos—, empezar esta nueva etapa de nuestra vida igual que antes, cuidando hasta el último centavo para poder sobrevivir. En un pueblo tan pobre, donde





sus habitantes apenas tienen para sostener a su familia, el sacerdote resulta una carga más.

No obstante las protestas de José María, ya que hubiera preferido quedarse a vivir con su madre y su hermana en su ciudad natal, que tanto le gustaba, a los pocos días la familia Morelos inició el largo camino hacia tierra caliente.

Como el clima del lugar era muy duro para el que no estaba acostumbrado, la madre de Morelos

enfermó gravemente al poco tiempo de haber llegado. A pesar del riesgo que significaba el viaje, Morelos la envió de regreso a Valladolid para que pudieran atenderla los médicos. Doña Juana logró llegar, murió en Pátzcuaro, sin que José María estuviera junto a ella.

Después de algún tiempo, le fue asignado a Morelos un curato más cercano a Valladolid y con mejor clima: el pueblo de Carácuaro. En este lugar se encontraba cuando llegó la noticia de que su maestro, don Miguel Hidalgo y Costilla, había iniciado la lucha por la Independencia de la Nueva España.

—*JOSÉ MARÍA MORELOS VA AL ENCUENTRO
DE MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA*—

A fines de octubre de 1810, Morelos supo que el ejército insurgente, comandado por Hidalgo, se había apoderado de la ciudad de Valladolid. Salió de inmediato para alcanzar a don Miguel Hidalgo, porque quería que su maestro le dijera la razón por la

que había iniciado esta lucha. El quería unirse a ella como capellán del ejército.

Al llegar a Valladolid, los insurgentes ya habían salido hacia la ciudad de México. Morelos pasó a buscar a un antiguo amigo de la familia, don Bernardo Arriola, para que lo acompañara al vecino pueblo de Indaparapeo, donde se hallaban descansando las tropas insurgentes.

Don Bernardo Arriola era cohetero. Se encargaba de que las fiestas estuvieran iluminadas por cascadas de luces producidas por los "castillos". Durante la guerra de Independencia fue una valiosa ayuda para el ejército de Morelos, ya que participaba en la producción de pólvora para las armas.

Morelos y don Bernardo salieron de prisa por temor a no encontrar a Hidalgo. Por fin lo alcanzaron en el pueblo de Charo, que estaba de fiesta, como todos los pueblos por los que pasaba el generalísimo Hidalgo. Una multitud lo seguía llena de esperanza.

Cuando Morelos pudo hablar con su maestro, Hidalgo, éste le dijo:

—Cuénteme ¿Que ha sido de su vida en estos años?

A lo que Morelos respondió:



—Después de muchos esfuerzos, logré terminar la carrera de sacerdote. Como usted recordará, cuando empecé a estudiar ya no era muy joven. Al terminar mis estudios me enviaron al curato de Churumuco.

Don Miguel Hidalgo interrumpió para decirle:

—Sí, claro; ahora recuerdo que era notoria la diferencia de edad entre usted y los otros alumnos. Tuvo mérito lo que usted hizo.

Después continuó contando su vida:

—Ahora soy cura del pueblo de Carácuaro. Ahí me enteré de que usted había iniciado una lucha en contra del gobierno. Deseo ser capellán del ejército. Me he decidido porque no veo otro camino. En la soledad de mi curato me preguntaba si no sería justo que mis feligreses llevaran una vida menos miserable aquí, en esta tierra que es suya. Durante años los he visto morir a causa del hambre, de las enfermedades, sin que yo pudiera hacer nada.

Así siguió explicándole a su maestro porqué estaba dedicado a ir a luchar junto con el pueblo. Le contó cómo en un viaje que había hecho a Valladolid en 1809 se había enterado de que varias personas de ahí habían sido encarceladas y otras enviadas al destierro por haber conspirado en

contra del gobierno. Morelos le habló a su maestro con su disgusto contra los que así tiranizaban a los habitantes de la Nueva España.

Continuó contándole a don Miguel Hidalgo:

—A partir de ese momento estuve pensando qué hacer para que esta tierra nuestra fuera libre y feliz. Al regresar a Carácuaro, construí un pequeño fortín. Soñaba que fuera punto de defensa. Me imaginaba organizando ejércitos con los que lograría grandes victorias. Después lloraba al ver mi ignorancia en todo. Un buen día, llegó el edicto de excomunión en contra suya, en el que le prohibían dar la comunión y usar los sacramentos, acusado de rebelde. Por eso quise hablar con usted de inmediato, para que me explicara, y aquí me tiene.

Después de escucharlo, don Miguel Hidalgo le dijo:

—Creo que mejor ha de ser usted general al frente de un ejército, que simple capellán. Usted va a sobresalir en esta guerra. Por eso, desde este momento lo nombro mi lugarteniente, y por conocer el terreno y a la gente de esos pueblos, lo comisiono para que vaya de inmediato a sublevar el sur. Deberá también apoderarse del fuerte de Acapulco, ya que necesitaremos un

puerto por donde proveernos de armas.

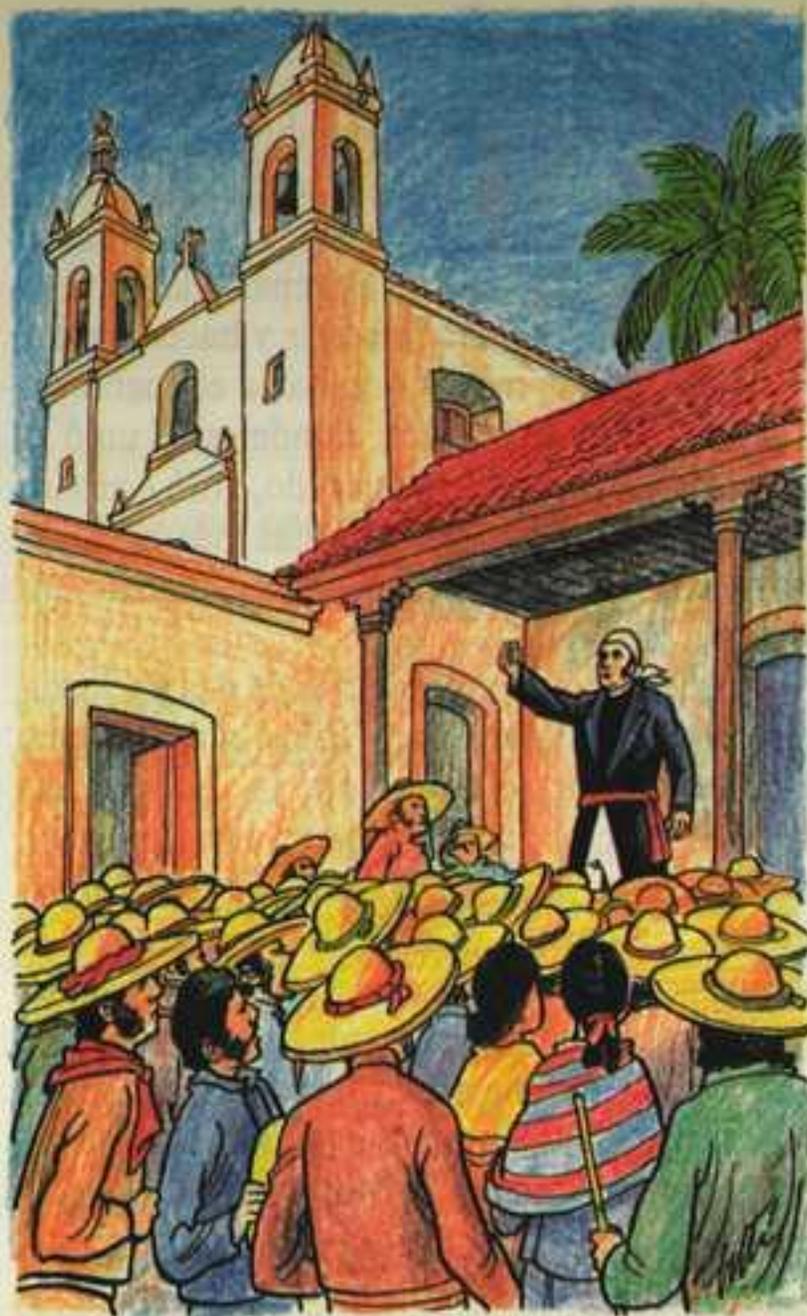
Don Miguel Hidalgo se despidió de José María Morelos con estas palabras:

—Estoy seguro de que la llama que usted enciende en el sur iluminará muchos caminos.

José María Morelos y don Miguel Hidalgo jamás volverían a encontrarse. Morelos y don Bernardo Arriola se dirigieron de prisa hacia Carácuaro. Al llegar, Morelos le pidió a don Bernardo que sonara las campanas para llamar a los feligreses. Dijo misa y después pidió que lo siguieran al sur los que estuvieran de acuerdo con la lucha y los que tuvieran algún arma, la que fuera. Otros deberían quedarse a cultivar la tierra para alimentar al pueblo y a la tropa insurgente; porque esto también era luchar —les dijo.

Morelos y un pequeño ejército formado por veinticinco hombres iniciaron el camino hacia el puerto de Acapulco. En el trayecto tuvieron varios encuentros con el ejército realista, al cual derrotaron.

En esa ocasión no pudieron tomar el puerto porque un individuo llamado Gago, que ofreció ayudarlos a tomar el Castillo de San Diego, los traicionó.



Todo le salió mal a José María Morelos. Lo único bueno fue que se le unió un norteamericano llamado Peter Ellis Bean, hombre muy valiente y muy leal a la causa de la independencia hasta el final. Él se encargó de enseñar a don Bernardo Arriola y a otros muchos a preparar la pólvora y las municiones y a componer y hacer armas.

De Acapulco marcharon hacia el pueblo de Tecpan, cerca de la costa, donde se les unió la familia Galeana —Hermenegildo, José Antonio y sus hijos, Luis y Pablo—, días más tarde, la familia Bravo —Miguel, Víctor Leonardo y su hijo Nicolás.

Los Bravo eran propietarios de una hacienda cercana a Chilpancingo. Ellos quizá nunca hubieran participado en la guerra de Independencia porque, según ellos mismos decían, eran hombres de paz. Sin embargo, habían tenido que esconderse en cuevas en el monte porque los perseguía el ejército realista ya que los había acusado de ayudar a los insurgentes con dinero y alimentos. Cuando se unieron a las fuerzas insurgentes, el mayor de los Bravo, don Leonardo, le dijo a Morelos:

—El ejército realista nos busca porque se nos acusa de no ser amigos del gobierno virreinal ¡Y

tiene razón! En esta lucha estaremos siempre al lado de los que buscan la libertad de la patria. En toda esta región no habrá ejército realista que pueda con nosotros. Estas tierras las conocemos como la palma de la mano.

—EL EJÉRCITO DEL SUR AVANZA TRIUNFANTE—

En 1811 el número de integrantes del ejército insurgente, al mando de Morelos, había aumentado a tres mil. Además entre las filas de los insurgentes había varios jefes que habían demostrado grandes dotes militares. Ello le permitió a Morelos dividir a su ejército en pequeños grupos. De esa manera, los insurgentes podían movilizarse con gran rapidez, aunque siempre por terrenos que les eran conocidos, así como en poblados en los que sabían que contarían con la ayuda de sus habitantes.

Organizados de tal forma, los insurgentes tomaron Chilpancingo, Tixtla —pueblo donde nació Vicente Guerrero— e Izúcar donde se les



unió Mariano Matamoros, quien sería segundo en el mando del ejército.

Después de ocupar el poblado de Tenancingo, Morelos decidió instalarse en Cuautla, lugar en el que resistirían el ataque de varias divisiones del ejército realista, al mando del general Félix María Calleja del Rey.

—EN CUAUTLA, EL EJÉRCITO INSURGENTE
SE CUBRE DE GLORIA—

A principios de 1812, el gobierno virreinal celebró en la ciudad de México el triunfo obtenido por el ejército realista al tomar la villa de Zitácuaro, la cual fue incendiada y arrasada para que ello sirviera de ejemplo de lo que sucedía a todas aquellas ciudades que ayudaran a los insurgentes.

Sin embargo, el virrey, Francisco Javier Venegas, tenía que reconocer que escaseaban los alimentos en la ciudad de México, ya que estaba completamente incomunicada y no podían entrar viveres. El comercio estaba paralizado. En Acapulco, la Nao de China no había podido descargar su mercancía. El virrey sabía que los culpables de todo esto eran Morelos y su ejército. Por eso pensó que la única solución era destruirlos en todos los frentes.

El virrey Venegas ordenó a Calleja que saliera al frente de una poderosa división a poner sitio a la villa de Cuautla. Cuatro mil insurgentes, ayudados por los habitantes del pueblo, levantaron trincheras; convirtieron en fortalezas las iglesias, los conventos y las casas principales,

y reunieron gran cantidad de víveres y forrajes para hacerle frente a un poderoso ejército.

Después de resistir setenta y dos días, Morelos tuvo que tomar la decisión de salir de Cuautla. Él y sus hombres habían sido vencidos no por las fuerzas realistas sino por la falta de municiones, la escasez de agua y, sobre todo, por el hambre y la peste.

En Cuautla midieron sus fuerzas dos ejércitos: los insurgentes, al mando del general Morelos y los realistas, al mando del general Calleja. Éste último resultó vencedor, pero la hazaña de Morelos, de Matamoros, de los Galeana, de los Bravo, de la tropa insurgente y del pueblo de resistir durante varios meses el ataque de un ejército bien armado y con experiencia en la guerra, les dio fama y prestigio. Además elevó el ánimo de los que los ayudaban en las ciudades.

Por esa época se hicieron muy populares unos versos dedicados a Morelos que decían:

“Por un cabo doy dos reales,
por un sargento, un doblón;
por mi general Morelos
doy todo mi corazón”.

—OAXACA CAE EN PODER DE LOS INSURGENTES—

En cuanto llegó a Oaxaca la noticia del inicio del movimiento de Independencia iniciado por Hidalgo, el obispo de esa ciudad inició una campaña de desprestigio en contra de los insurgentes. Además de emitir circulares y lanzar sermones, formó un batallón de civiles y de sacerdotes para defender la ciudad. Más tarde este batallón sería conocido con el mote de “batallón de la mermelada”, por el color morado de sus uniformes.

La ciudad de Oaxaca estaba desprotegida porque la división realista había salido a vigilar las costas.

En noviembre de 1812, Morelos salió hacia Oaxaca al frente de cinco mil hombres. Desde ETLA les pidió que se rindieran. Al no recibir respuesta, inició el ataque a la ciudad.

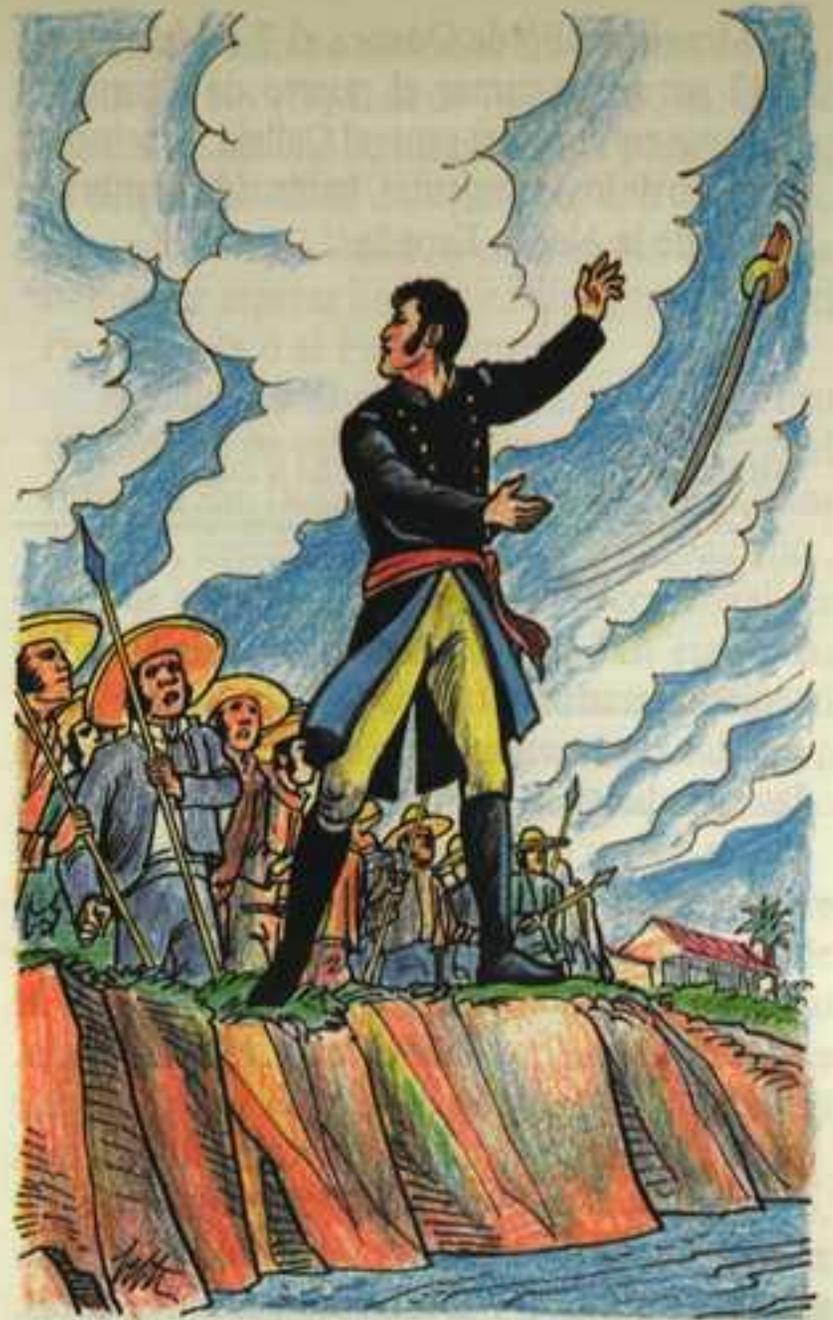
En la toma de Oaxaca todos los jefes insurgentes demostraron su valor y su capacidad militar, pero Guadalupe Victoria se distinguió por haber logrado tomar, en un acto de audacia, un punto que era muy difícil. Al ver que sus soldados caían muertos o heridos por las balas enemigas y al no poder avanzar porque había

un foso lleno de agua, que los separaba, lanzó su espada hacia donde estaban los realistas, al mismo tiempo que gritaba: "¡Ahí va mi espada; voy por ella!". Se lanzó al agua y cruzó a nado el foso. Sus soldados lo siguieron y el lugar fue tomado por los insurgentes.

Durante los dos meses y medio que permanecieron en Oaxaca, Morelos instaló un gobierno insurgente. Hizo que se acuñaran monedas; se fundieron cañones; se le dieron uniformes a la tropa y se le aumentó el sueldo. Para mantener el orden en la ciudad instaló una junta de Protección y Seguridad Pública.

En Oaxaca se imprimió el mejor periódico insurgente, el *Correo americano del Sur*, en él publicaban noticias e información acerca de la lucha y de las victorias alcanzadas.

El control de los insurgentes se extendió al interior de la provincia. Víctor y Miguel Bravo se dirigieron hacia la costa. El ejército realista quiso recuperar Oaxaca, mandando para tal efecto setecientos hombres. Matamoros fue a su encuentro y los derrotó en Tonalá (Chiapas). Manuel y Juan Mier y Terán liquidaron las últimas tropas realistas que quedaban por las riberas del río Juchatengo.



Morelos salió de Oaxaca el 7 de febrero de 1813 para ir a tomar el puerto de Acapulco. Para ese entonces, el general Calleja, el principal enemigo de los insurgentes, había sido nombrado virrey de la Nueva España.

—MORELOS, EL CASTILLO DE SAN DIEGO
Y LA ISLA LA ROQUETA—

El puerto de Acapulco tenía una gran importancia para la Nueva España, por dos razones: porque desde ese punto salían las expediciones que recorrían el litoral de los mares del sur (el océano Pacífico) y porque a él llegaba (desde 1556, año en que se estableció la ruta de regreso de Asia a América) el galeón conocido como la Nao de China, cargado de productos que no había en la Nueva España. Sin embargo, a pesar de su relevancia, durante la Colonia las únicas edificaciones importantes que existían en Acapulco eran el Castillo de San Diego, un hospital y una capilla; el resto lo formaban chozas y construcciones muy pobres.

Además el camino a México era casi una vereda, hasta que el virrey Luis de Velasco ordenó que se hiciera un camino de herradura. A pesar de ello, se empleaban doce días para hacer el recorrido de Acapulco a México, y en la época de lluvias había que esperar hasta diez días para cruzar el río Mezcala o el Papagayo.

Al salir Morelos de Carácuaro, con la orden de Hidalgo de sublevar el sur, intentó tomar el fuerte de San Diego sin conseguirlo. A principios de 1813, decidió atacar Acapulco nuevamente, porque además de su importancia comercial era el único punto de la costa que, en esa zona, permanecía en poder de los realistas. Se habían mandado construir trincheras en la ciudad para apoyar su principal punto de defensa, el Castillo de San Diego.

Después de varios y duros combates, el jefe insurgente Hermenegildo Galeana y Juan de Ávila lograron tomar puntos importantes, por lo que los realistas se vieron obligados a refugiarse en el castillo. Acapulco quedó en poder de los insurgentes.

Ante la imposibilidad de tomar el castillo, José María Morelos decidió tomar la isla La Roqueta, porque desde este punto los realistas

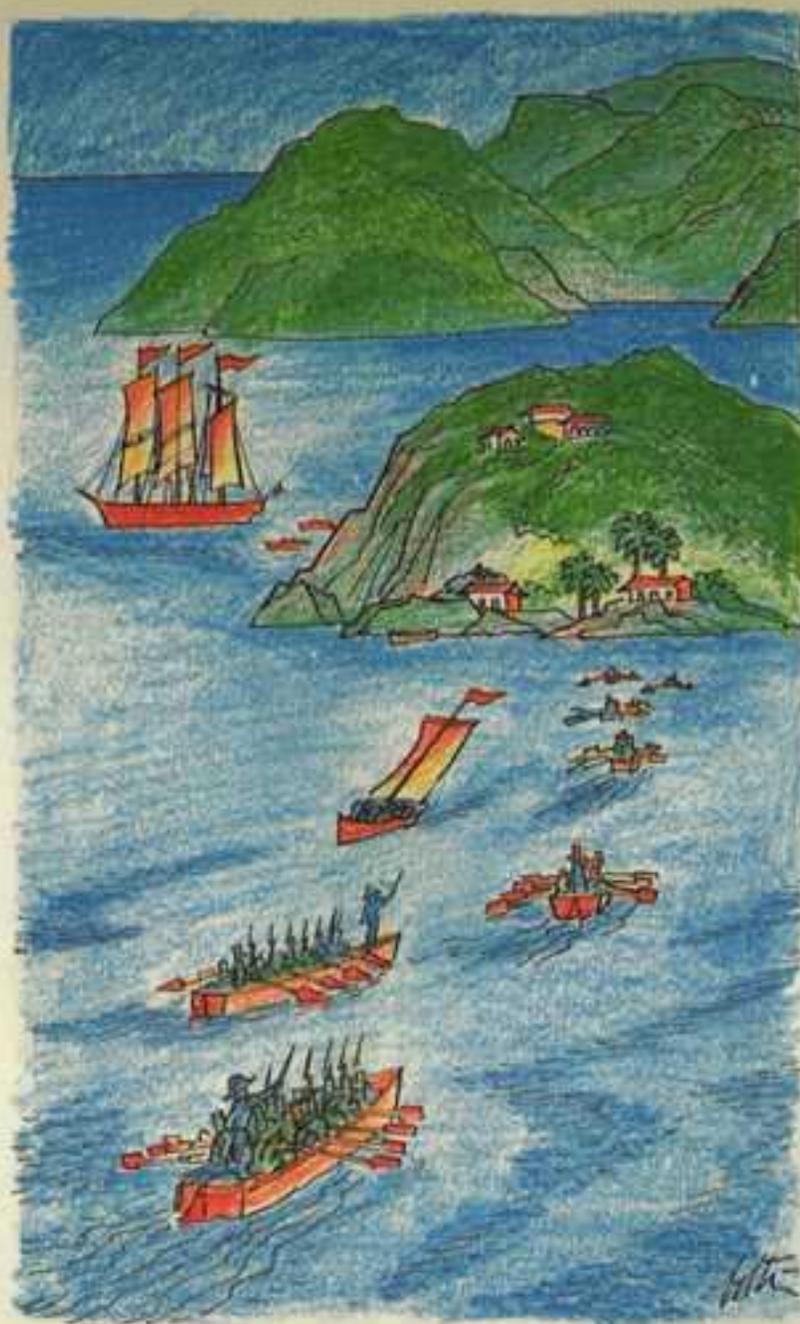
recibían armas y alimentos.

La isla estaba protegida por varios soldados, tres cañones, dos lanchas, catorce canoas y por la goleta Guadalupe. Pablo Galeana hizo cuatro intentos por apoderarse del lugar hasta que lograron desembarcar él y ochenta hombres, con los que en pocas horas hizo prisioneros a todos los que se encontraban en la isla. La goleta intentó huir pero fue capturada. Dos días después los realistas tuvieron que rendirse. En el castillo habían 1500 refugiados, entre habitantes del puerto y militares.

—EL PRIMER CONGRESO NACIONAL—

El 31 de agosto de 1813, Morelos salió de Acapulco para dirigirse a la ciudad de Chilpancingo, lugar que había sido escogido como sede del Primer Congreso Nacional.

Después de tantos triunfos con las armas, Morelos deseaba que hubiera un gobierno bajo el cual los distintos grupos insurgentes se unieran



y que el pueblo mexicano tuviera leyes que buscaran su bienestar, es decir, que hubiera una constitución que rigiera a la nación mexicana.

Los diputados del Congreso se reunieron el 14 de septiembre de ese mismo año para analizar un texto que Morelos había presentado y que se intitulaba *Sentimientos de la Nación*.

Entre otras cosas, Morelos decía en este documento que México era libre e independiente de España, que las leyes que dictara el gobierno debían proteger a todos los mexicanos por igual, que no debía haber distinción de razas y que las tropas extranjeras nunca debían pisar el suelo de México.

Días más tarde, Morelos fue elegido generalísimo, encargado del Poder Ejecutivo. El 6 de noviembre de 1813 se expidió la Declaración de Independencia.

El pueblo celebró con grandes fiestas estos actos. Se colocaron arcos triunfales y guías de oloroso pino a lo largo de las calles; hubo lluvias de flores y música.



EMPIEZAN LAS DERROTAS DEL EJÉRCITO DEL SUR.

Al terminar sus reuniones el Congreso de Chilpancingo, Morelos escogió su ciudad natal, Valladolid, como sede del gobierno insurgente.

Para lograr su propósito, llamó a todos los jefes insurgentes bajo su mando para que juntos iniciaran el ataque a la ciudad. El 22 de diciembre de 1813, acamparon en las orillas de Valladolid. Al enterarse el virrey Calleja de la imponente concentración de fuerzas insurgentes, ordenó que las fuerzas de Agustín de Iturbide y de otros jefes realistas se dirigieran a esa zona para reforzar con tres mil quinientos hombres a las fuerzas que se encontraban en ese lugar.

La noche de Navidad, Iturbide atacó por sorpresa y derrotó a los insurgentes, dando fin además a la carrera militar de Morelos. Cuatro mil hombres atacaron a los insurgentes, los cuales, por la obscuridad, llegaron a luchar incluso entre ellos mismos.

Todo se perdió esa noche. No sólo hubo una gran pérdida de vidas humanas, sino también del arsenal que habían logrado tener con muchos esfuerzos.

Después de reunir a los grupos insurgentes que habían quedado dispersos, Morelos ordenó marchar hacia la Hacienda de Puruarán para presentar batalla a los realistas, en pocas horas los insurgentes fueron vencidos. Mariano Matamoros fue hecho prisionero y después de un breve juicio en la ciudad de Valladolid, fue fusilado.

A partir de ese momento, todo fue desastres y pérdidas para los insurgentes. Morelos iba de un lugar a otro, marchando sin descanso, perseguido por el ejército realista.

A principios de octubre de 1814, Morelos llegó a Apatzingán para estar presente en la promulgación de la Constitución que normaría a la nación mexicana, que esperaba fuera libre y soberana en un futuro muy próximo. Pero como la situación se hacía cada vez más difícil, los miembros del gobierno votaron por mudarse a Tehuacán, que aún se encontraba en poder del insurgente Manuel Mier y Terán. A Morelos se le confió la misión de llevar al Congreso sano y salvo hasta esa ciudad.

El trayecto era largo y peligroso. Un día cuando se encontraba a orillas del río Mezcala, Morelos ordenó hacer un alto en el camino para



descansar. Al poco rato fueron sorprendidos por los realistas, al mando de Manuel de la Concha.

Los últimos días de Morelos fueron largos y dolorosos. Desde el 5 de noviembre de 1815 —fecha de su captura en Tesimalaca— hasta el 22 de diciembre, cuando fue fusilado en San Cristóbal Ecatepec, fue maltratado por sus captores y, durante su juicio, fue humillado por las autoridades. Por último, fue sentenciado a muerte.

—EL TESTAMENTO DE MORELOS—

La vida de Morelos fue difícil; tuvo que vencer muchos obstáculos para lograr lo que se había propuesto, en especial su objetivo máximo: que la patria fuera libre y soberana. Siempre dio muestras de una voluntad inquebrantable. Sus acciones, junto con sus palabras, son una herencia de gran valor que dejó a las generaciones venideras.

Jose María Morelos, el ejército del sur y todos los mexicanos que lucharon junto con ellos para que la patria fuera independiente no fueron vencidos jamás, porque en 1810 eran seis millones de habitantes los que estaban decididos a lograr la Independencia de la patria.





INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA (INEHRM)

Secretaría de Gobernación

Coordinación:

Juan Rebolledo Gout

Begoña C. Hernández y Lazo

Textos:

Ruth Solís Vicarte

Ma. del Carmen Flores Lara

Ilustración:

Alberto Beltrán

Diseño:

Alvaro Vargas

Asesora:

Ruth Solís Vicarte

Teresa Matabuena

Cuidado de la edición:

Silvia Alejandra Peláez Polo

ISBN 968-805-321-X

